JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO [un precursor imprescindible, un poeta decisivo]

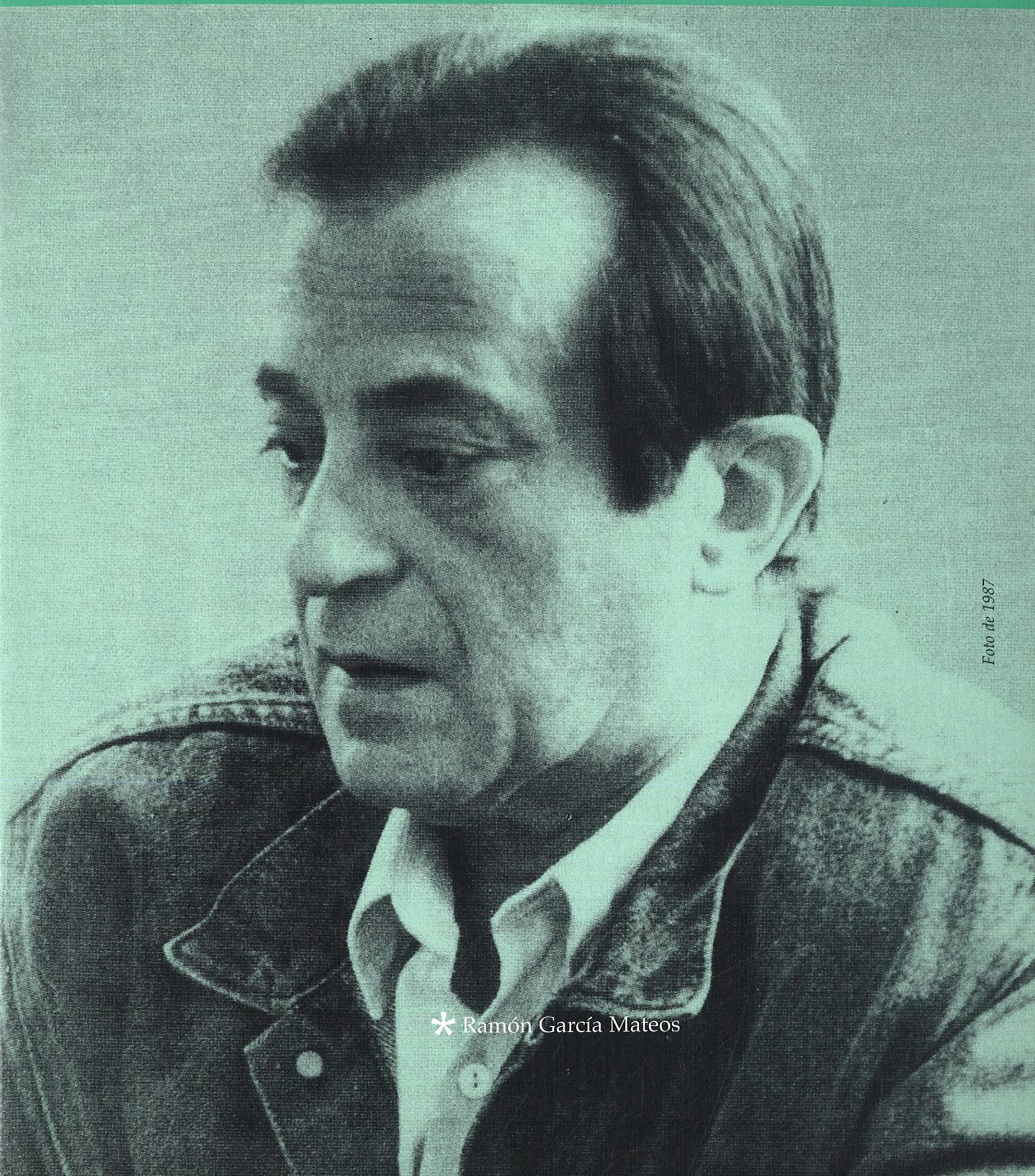


Foto de 1987

* Ramón García Mateos

ENCUENTROS

CON EL 50

LA VOZ POÉTICA DE UNA GENERACIÓN

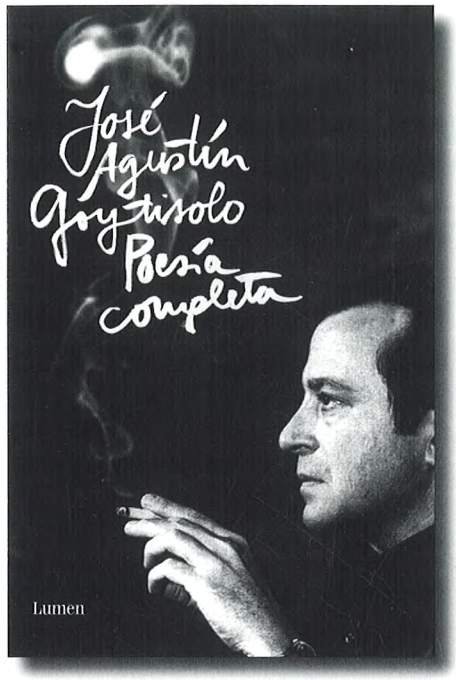
Mayo 1987
OVIEDO

En pie: Ángel González, Carlos Barral y José Manuel Caballero Bonald. Sentados: Carlos Sahagún, Francisco Brines, José Agustín Goytisolo y Claudio Rodríguez.

Mucho he escrito y he hablado, en los últimos tiempos, acerca de José Agustín Goytisolo (Barcelona, 1928-1999) y la importancia decisiva de su obra poética, especialmente a raíz de la publicación de su *Poesía Completa* (Barcelona, Lumen, 2009) en edición crítica que preparamos conjuntamente Carme Riera y yo. Y no he hecho otra cosa que recalcar, una y otra vez, mi convencimiento de que, sin duda alguna, Goytisolo es uno de los poetas más sólidos e innovadores de la poesía española del último medio siglo y, muy especialmente, de ese grupo heterogéneo que ya acostumbramos a denominar como "generación de los 50", y, para mí, el más significativo del llamado grupo barcelonés o, en terminología de la profesora Riera y en epígrafe que ha hecho fortuna, de la "Escuela de Barcelona". Sin embargo, la dificultad de contemplar en su totalidad una obra poliédrica y multitonal —y, por lo tanto, de abarcarla en un análisis crítico no excesivamente dificultoso y sin apartarse de los tópicos y las convenciones al uso: que es a lo que están acostumbrados la mayor parte de nuestros críticos literarios— ha hecho que, muy a menudo, se ignore la importancia decisiva de su poesía.

Una obra que ha sido vista casi siempre de manera fragmentaria y parcial, con mirada mediatizada por tópicos y exquisiteces pedantes que niegan altura literaria a quienes alcanzan reconocimiento popular. Parece ser que hay a quien le molesta que trovadores y juglares hayan llevado sus versos por plazas y escenarios convirtiéndolo en uno de los poetas más reconocidos por el gran público, logrando incluso algo que está tan sólo al alcance de unos pocos bendecidos por los dioses, que sus versos inicien el camino de la tradicionalización y anden de boca en boca, como deseaba el Arcipreste, perdiendo filiación

y autoría. Cortedad de miras. Porque el autor de "Palabras para Julia" es mucho más —con ser ya bastante— que el poeta popularizado por canciones y recitados. Mucho más. Y ahora, con toda su obra por primera vez reunida y ordenada, quien lo desee puede comprobarlo. Esta aproximación a José Agustín Goytisolo pretende derribar algunos de esos tópicos mencionados de suso y que, a fuerza de repetirse, amenazan con fosilizarse: no olvidemos que la falsedad convertida en certeza es la más peligrosa de las mentiras.



Empecemos por el principio, que es por donde han de iniciarse todas las cosas: el poeta Goytisolo es un precursor imprescindible, referente básico siempre que tratemos con seriedad y hondura el panorama de la poesía española contemporánea. Y lo es tanto desde el punto de vista creativo —esencialmente poético— como si fijamos nuestra atención en su labor de difusor, animador y propagandista cultural, tarea esta, por otra parte, decisiva para el devenir de su generación. Veámoslo.

En el otoño de 1949 José Agustín Goytisolo se instala en Madrid, donde permanecerá hasta 1951, para finalizar la carrera de derecho que había iniciado en la Universidad de Barcelona; la causa de este traslado fue un expediente académico, abierto a raíz de un conflicto, en el que hubo más que palabras, con militantes del SEU. Allí vivirá en la Residencia de Estudiantes Iberoamericanos Nuestra Señora de Guadalupe, donde coincidió, entre otros, con el que sería su gran amigo, el filósofo Emilio Lledó —fue este quien propuso a Goytisolo trasladarse de la pensión donde residía, en la calle Donoso Cortes, número 65, del madrileño barrio de Argüelles, a la Residencia, ya que allí admitían a un veinte por ciento de españoles y disponía de verdaderos lujos

para la época, como calefacción, agua caliente y duchas—, los poetas españoles Jóse Ángel Valente y José Manuel Caballero Bonald, los nicaragüenses Ernesto Cardenal, Ernesto Mejía Sánchez, José Coronel Urtecho y Carlos Martínez Rivas, el chileno Enrique Lihn, el colombiano Eduardo Cote o el mejicano Edmundo Meouchi; más tarde conocería y trabaría amistad con Claudio Rodríguez. Les unía a todos ellos la pasión por la poesía aunque la escritura era aún, para la mayoría, fiebre oculta y secreta. Esos años madrileños —de los cuales queda testimonio en *Claridad* (1961-1998) y, especialmente, en la sección segunda, "El frío de Madrid", de *Las horas quemadas* (1996)— acabarán germinando en dos aspectos fundamentales de su biografía literaria, y por ende de su aportación a la poesía española de la época: por un lado, Goytisolo será la conexión entre el grupo catalán y otros poetas del medio siglo, vínculo que, como veremos más adelante, será decisivo para la proyección de la llamada Escuela de Barcelona; y por otra parte, la querencia hacia Hispanoamérica y su literatura, que no sólo le llevará a visitar reiteradamente aquellas tierras de ultramar o a entablar amistad con algunos de sus grandes escritores, sino también a difundir la obra de los poetas hispanoamericanos: no olvidemos que será el primer antólogo en España de nombres tan relevantes como los de José Lezama Lima (*Posible imagen de Lezama Lima*,1969) y de Jorge Luis Borges (*Poemas escogidos*, 1972), así como el primer editor del poeta salvadoreño Roque Dalton (*Los pequeños infiernos*, 1970), sin descuidarnos de que es quien ordena y prepara el libro *Un sitio permanente*, del cubano Pablo Armando Fernández —por entonces en difícil situación a raíz del llamado caso Padilla—, presentándolo al Premio Adonais, en el que obtendrá un accésit en 1969, el mismo año en que verá la luz la antología *Nueva poesía cubana*, con la que Goytisolo da a conocer, en acertada selección, a los jóvenes escritores de la isla caribeña.

Ya en el otoño de 1962, el poeta barcelonés había viajado a Colombia, donde el 18 de noviembre participa en una mesa redonda sobre la situación de la poesía española, ejerciendo de embajador generacional; se inicia así la difusión de su obra al otro lado del Atlántico y comienza también su colaboración en distintas publicaciones sudamericanas, como *El espectador*, de Bogotá, donde por aquel entonces trabajaba José Manuel Caballero Bonald —un punto más de conexión con el jerezano—, o *La República*, de Caracas, que en 1963 publicará una muestra de su traducción de los poemas de Ungaretti. Este sería el primero de sus numerosos viajes a Hispanoamérica, donde regresará con frecuencia estableciendo una muy especial relación con determinados escritores —en algunos casos se trata de reencuentros, en otros de nuevas amistades— y embarcándose en la defensa

de causas revolucionarias y aventuras quiméricas; tal vez el vínculo más hondo —y como en toda pasión amorosa, basculando entre la luz y la sombra— será el que establezca con Cuba, donde se unen la proximidad sentimental de las raíces familiares —el bisabuelo paterno del poeta, Agustín Goytisolo Lizarzaburu, de origen vasco, emigrará a Cuba, instalándose en Cruces, muy cerca de Cienfuegos, y haciendo fortuna con el negocio azucarero— y su asombro ilusionado ante la Revolución. A Cuba llega, por primera vez, en septiembre de 1966, invitado por la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) para formar parte del jurado de poesía de los Premios Nacionales de Literatura, y al largo lagarto verde del Caribe tornará en numerosas ocasiones. De esas vivencias en la isla caimanera quedan huellas en poemas como "Quiero ser gato" o "Sus ojos para ti", como hallamos también los ecos de sus andanzas por tierras de la América del Sur y de los amigos que allí quedaron en "Noticia a Carlos Drummond de Andrade", "He de volver a Praga Roque Dalton" o "Salida de la bella horrible Lima".

Esta labor de puente entre culturas se amplia, y muy notablemente, con su labor como traductor, sobre todo de poetas italianos —Pavese, Montale, Quasimodo, Passolini...— y catalanes: sus esfuerzos por relacionar las literaturas en lengua castellana y catalana se verán plasmados en la antología *Poetas catalanes contemporáneos* (1968), remodelada y ampliada casi treinta años después y convertida en *Veintiún poetas catalanes para el siglo XXI* (1996), donde, en versión siempre bilingüe, hallamos representados a Riba, Espriu, Foix, Vinyoli, Pere Quart, Margarit, Maria Merçè Marçal, Pere Rovira... A algunos de estos poetas los tradujo también individualmente. De todas maneras y en este ámbito, quizá el proyecto de mayor envergadura animado por Goytisolo fue la colección Marca Hispánica, una ambiciosa empresa que pretendía la edición de cien obras especialmente representativas de la literatura catalana, traducidas al castellano, con el objetivo de difundirlas entre los millones de lectores de habla hispana a través de los institutos, cátedras universitarias y academias de español repartidos por el mundo. Con el apoyo de la Diputación de Barcelona y a través del sello editorial de Els Llibres del Mall, la colección se pone en marcha en mayo de 1985. La aventura duró hasta los primeros meses de 1988: después de casi tres años y veintidós volúmenes publicados,

el azar —encarnado aquí en la quiebra de Els Llibres del Mall y la desidia de las instituciones culturales— empujó hacia el abismo aquel quimérico proyecto, tal vez el más generoso intento de divulgar la literatura catalana entre los lectores en lengua española que se haya producido nunca.

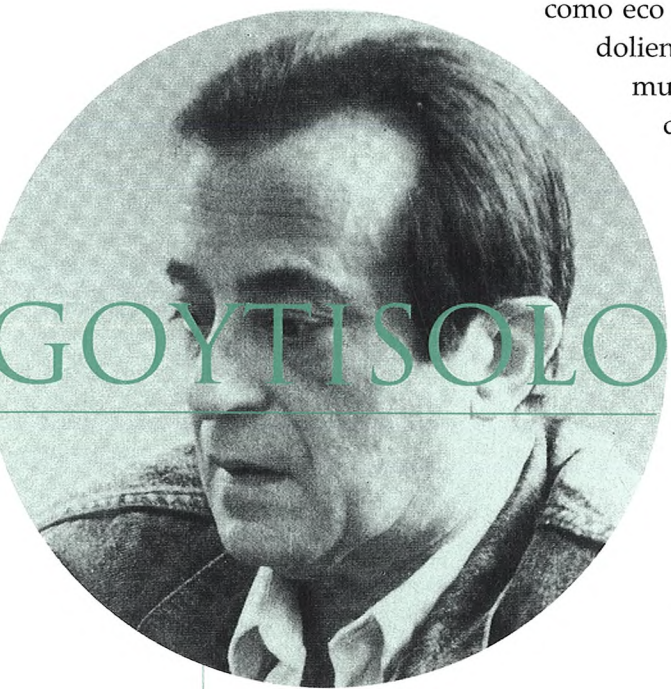
Finalmente, no quisiera pasar por alto, en este inventario de los papeles fundamentales que, para la poesía española de la segunda mitad del siglo XX, interpretó José Agustín Goytisolo, su relación con Blas de Otero, el gran Blas de Otero: ¿cuándo dejaremos de reducir su significado enrejándolo bajo la etiqueta de la poesía social y lo situaremos allí donde le corresponde: un lugar de privilegio en la poesía del siglo XX, grande entre los grandes, *primus inter pares*? Goytisolo, que tendrá una estrecha amistad con el bilbaíno —sobre este tema publiqué en *El Boletín* de la Fundación Federico García Lorca, número 43 monográfico dedicado a Blas de Otero, un artículo titulado "Blas de Otero y José Agustín Goytisolo. Crónica de una amistad"—, acerca el poeta vasco a sus compañeros barceloneses que, no lo olvidemos —ni nos dejemos engañar por desmentidos a posteriori—, lo consideraban un maestro. Tal vez por ello, y sobre todo por la intervención de Caballero Bonald, secretario por entonces de Camilo José Cela y a quien José Agustín conocía de sus años madrileños, pudieron codearse con los grandes en las ya célebres Conversaciones Poéticas de Formentor de 1959 convocadas por el autor del *Pascual Duarte*. Solo así puede explicarse la presencia de un poeta inédito, Jaime Gil de Biedma, y otro apenas editado, Carlos Barral, entre los convidados. O la invitación que José Hierro, presente también en Formentor, hace a los tres poetas barceloneses para intervenir, en noviembre de ese mismo año, en los Jueves Literarios del Ateneo de Madrid: verdadera puesta de largo de la Escuela de Barcelona. Goytisolo, al menos, había sido accésit del Premio Adonais, con *El retorno* (1955), y era reciente ganador del Juan Boscán con *Salmos al viento* (1958); además ese año de 1959 es un año clave en su biografía, ya que se dan cita una serie de acontecimientos que redundarán, muy positivamente, en su afianzamiento como poeta —también en la consolidación de la llamada Escuela de Barcelona— y en la proyección de su prestigio literario. En el mes de febrero asiste, en Collioure, al homenaje a don Antonio Machado en el vigésimo aniversario de su muerte, y, además de participar en las Conversaciones Poéticas de Formentor y en "Los jueves" del Ateneo madrileño, dio una lectura de poemas en el Paraninfo de la Universidad de Barcelona e intervino muy activamente en los preparativos de la antología *Veinte años de poesía española (1939-1959)*, de José María Castellet, y en la creación de la colección "Colliure" de poesía.

Su papel, por lo tanto, es decisivo a la hora de relacionar el grupo catalán con el resto de poetas del cincuenta y con algunos de sus maestros. Es suficiente. Creo que se demuestra su cometido estratégico en el acontecer de la poesía española del medio siglo. Vayamos con su obra, con sus versos.

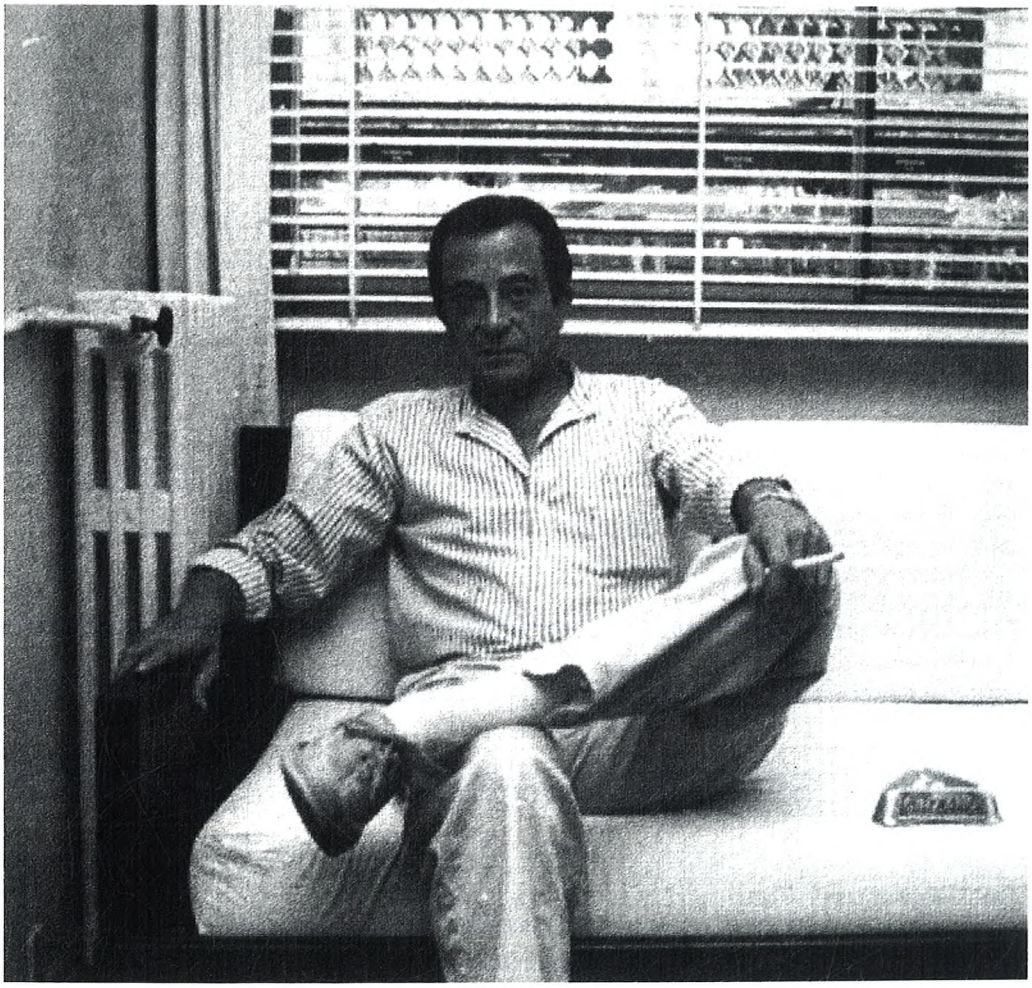
El itinerario poético de José Agustín Goytisolo se construye sobre la suma de una serie de constantes que, poco a poco, van apareciendo y configuran el entramado sobre el cual se teje la totalidad de su obra, los diecinueve libros que componen su labor poética; a saber, y como referentes indispensables: la elegía, la sátira, la canción tradicional, la poesía histórica y la lírica amorosa. Pocos poetas con tal variedad de registros y con aportaciones fundamentales a cada uno de ellos. Hay en Goytisolo una concepción dinámica de su propia obra, como materia viva, palpitante, en permanente elaboración, así teje y desteje constantemente ese tapiz sobre el cual se dibuja su poesía: poemas que se rehacen, libros que se reconstruyen, antologías que recogen inéditos, nuevos poemarios con textos ya publicados... Una dificultad añadida, al menos hasta ahora, para poder contemplar como un todo su producción poética.

Tomemos esas cinco constantes que mencionábamos de suso para intentar trazar el esbozo de un recorrido necesario por su poesía y veremos como en cada uno de esos itinerarios José Agustín Goytisolo aporta novedades —en muchos casos, semillas que otros recogerán y sembrarán en su propio terreno— y deja una huella que trasciende el tiempo.

Con *El retorno* (1955, accésit al Premio Adonais), su primer libro, abre no sólo el ciclo elegiaco de su poesía sino también una nueva forma de expresión, en la lírica española contemporánea, del dolor individual como eco del sufrimiento colectivo: la elegía íntima y doliente. *El retorno* es una elegía, dedicada a una mujer joven, muerta en la plenitud de la vida, de la que sólo sabemos su nombre a través de la dedicatoria: "A la que fue Julia Gay"; la identificación con la madre, sin embargo, es fácil, porque su presencia se dibuja con nitidez entre los versos, al contraluz de las palabras, a pesar de que se elude toda referencia nominal, tal vez buscando una universalidad intemporal para el libro o tal vez, también, como prueba de que el corazón del poeta no estaba



"preparado aún para llamarla en verso con el nombre de la muerte", como escribe Miguel Dalmau en *Los Goytisolo* (1999). No me parece negativo, ni limitador para el alcance lírico de *El retorno,* el reconocer a Julia Gay, madre de Goytisolo, en el tú que subyace en la elegía, ni la integridad ni la trascendencia del libro dependen de esa circunstancia, antes al contrario, el conocimiento de la anécdota, la ubicación del texto en su contexto, puede ser muy útil para proyectar lo inmediato y temporal —si se construye sobre la hondura y la calidad literaria, como es el caso— hacia lo atemporal y eterno. *El retorno* es elegía, pero es también coro de maldiciones proferidas a modo de ritual litúrgico de una gran blasfemia y, como



José Agustín Goytisolo en su casa de Barcelona.

señala José Luis Aranguren, en su prólogo a la edición de 1986, una meditación metafísica sobre la muerte y sobre la vida. Aunque el tono elegíaco está presente en numerosos poemas —y marca, incluso, el carácter general de algunos de sus libros: el espléndido poemario *El rey mendigo* (1988), *Como los trenes de la noche* (1995) o *Las horas quemadas* (1996)—, el tema y los motivos poéticos de *El retorno* volverán, casi treinta años después, en *Final de un adiós* (1984), libro que concluye un camino circular caracterizado por la evocación elegíaca de la figura materna y de un mundo, el de la infancia, marcado por su ausencia. La expulsión del paraíso que supone la muerte de la madre, en el entorno trágico de la guerra civil, convierte para siempre a Goytisolo en un huérfano desvalido ante el mundo. Ambos poemarios se reunirán en 1993 bajo el título *Elegías a Julia Gay*.

Citaba anteriormente *El rey mendigo*, como ejemplo de obras marcadas por el tono elegiaco; para mí es uno de los títulos goytisolianos esenciales, un libro de impresionante madurez y con una fuerza asombrosa en el que la perspectiva histórica y cultural sirve para adentrarnos, más y mejor, en las profundidades del yo poético, espejo en el que se contempla nuestro poeta —pensemos si no en el poema "Marcial entre el amor y la miseria"— para ver reflejada su imagen de rey mendigo, imagen sobre la que Goytisolo construye su propio personaje: pero esta es otra historia y motivo para otra reflexión. La misma mirada le sirve para contemplar el tiempo y contemplarse a sí mismo desde la atalaya de los años en *Como los trenes de la noche* y *Las horas quemadas*, dos grandes libros crepusculares en los que esa mirada poética, como el sol en el poniente, ilumina los recuerdos del pasado y oscurece premonitoriamente la esperanza en el futuro. Ahí se reúnen poemas de indudable valor y representatividad; recuerdo ahora al poeta Joan Margarit, además amigo personal de Goytisolo, afirmando que esos son algunos de los mejores textos de José Agustín.

Con *Salmos al viento* (1958, Premio Boscán) introduce la ironía y la sátira como tamices desde los que se contempla la realidad, procedimiento poético que, a la larga, acabará convirtiéndose en característica generacional; de nuevo, y como en el caso de *El retorno*, Goytisolo adquiere condición de precursor, y así lo reconocen dos de los poetas que con frecuencia han hecho uso de la ironía en

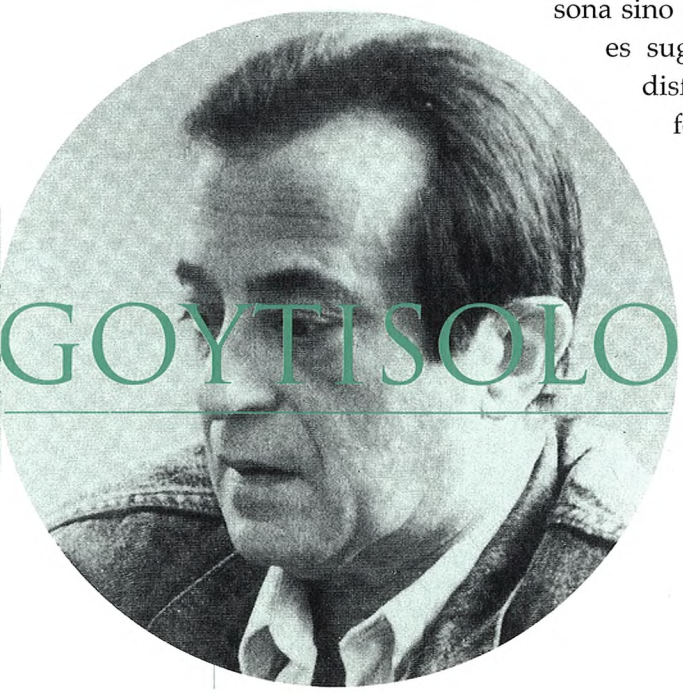
sus versos: Ángel González y Jaime Gil de Biedma. El poeta asturiano afirma que "yo aprendí mucho, a ese respecto, de José Agustín Goytisolo, que con *Salmos al viento* estableció un estupendo antecedente", y el barcelonés escribe en su diario, en 1956, cuando los *Salmos* son aún un poemario inédito: "He escrito un poema que me tiene bastante contento. Por primera vez he utilizado la ironía —desde que leí *Salmos al viento*, de José Agustín Goytisolo, quería hacerlo—, y no ha resultado mal". Sin duda, *Salmos al viento* se convierte en un hito; tal vez porque inaugura la sátira en la poesía de postguerra, tal vez por ser retrato cruel de época y de clase, tal vez por el contraste entre las referencias bíblicas, que como cita abren todos los poemas, y la estricta contemporaneidad que se deduce en una lectura atenta, tal vez por el exacto ensamblaje entre lenguaje poético y tono narrativo... lo cierto es que *Salmos* fue un referente y sigue siendo una obra que resiste los envites del tiempo y, lo que es más importante, una lectura en clave contemporánea.

A partir de *Salmos al viento*, poemas satíricos se reparten, aquí y allá —sobre todo en la poesía que denominaremos histórica: el distanciamiento irónico es una de sus características—, entre sus libros, pero será en *Cuadernos de El Escorial* (1995) cuando vuelva, monográficamente, y ahora bajo la forma del epigrama, a la poesía satírica: versos como cuchilladas, hirientes o purísimos. Pero mientras *Salmos al viento* es un poemario compacto, clave en su momento por el carácter innovador de la sátira y definido por una feroz crítica antiburguesa, *Cuadernos de El Escorial* es un libro irregular, con poemas deslumbrantes o desbocados, entre el lirismo y la obscenidad, entre la delicadeza y la escatología, pero también con muchos textos claramente de circunstancias. Eso sí, ajustándose siempre al carácter del epigrama clásico del que José Agustín bebe y se empapa. Es curioso el paralelismo entre las relaciones, temáticas y temporales, que se establecen entre *El retorno* y *Final de un adiós*, por un lado, y *Salmos al viento* y *Cuadernos de El Escorial*, por otro.

Desde *Claridad* (1961) los poemas de inspiración popular se venían sucediendo en sus libros, hasta configurar en 1979 la antología *Palabras para Julia y otras canciones*, miscelánea en la que el poeta reúne las que él considera sus "letras para cantar", con prólogo de Manuel Vázquez Montalbán y dedicatoria a Paco Ibáñez, antología que fue, por cierto, todo un éxito editorial. Pero será con *Los pasos del cazador* (1980) cuando Goytisolo nos ofrezca uno de los libros clave de la poesía española de este siglo en cuanto a la recreación culta de la lírica tradicional; nadie, desde los poetas del 27, había entrado en ese campo con tanta solvencia y acierto. *Los pasos del cazador*, con el pretexto de la temporada cinegética y el recorrido del cazador —que muy bien pudiera haber sido el amador, como se sugiere

en la cita inaugural de Gil Vicente: "La caza de amor / es de altanería, / trabajos de día, / de noche dolor."—, recoge un ramillete de bellísimos poemas, ejemplo vivo de su conocimiento de la entraña más expresiva del idioma y, asimismo, de lo mejor de la literatura tradicional, tanto de la poesía cancioneril tardomedieval y renacentista como de la formas orales propias del folclore. El libro nace de una serie de apuntes, notas, transcripción de letrillas... que José Agustín Goytisolo tomó durante sus frecuentes salidas para cazar por tierras de la vieja Castilla, La Mancha, Extremadura... en compañía frecuente de Rafael Sánchez Ferlosio; todo ello nos lo cuenta el autor en un magnífico prólogo, "En mi memoria y en mi lengua", quizá el más relevante de los diferentes proemios que escribió para sus libros. Anotaciones en cualquier parte, en un recorte de prensa o en una servilleta de papel, que durmieron un sueño de treinta años encima de un armario y en una carpeta añil con gomas elásticas para acabar floreciendo en un libro que homenajea el género y, a la vez, lo rejuvenece temática y expresivamente.

Hasta 1992, el tema del amor apenas moteaba el conjunto de su poesía —aunque en 1981 viese la luz una antología con el título de *A veces gran amor*—, y es entonces cuando nos deslumbrará con *La noche le es propicia* (Premio de la Crítica, 1992), un gran poema unitario, bajo la forma de las albadas provenzales, en el que se funden amor y muerte, conciencia de lo efímero, elegía y erotismo, y bajo el que subyace lo mejor de la tradición amatoria: San Juan de la Cruz y Pedro Salinas, por ejemplo. Los amantes se conocen al atardecer y vivirán una larga e intensa noche de pasión hasta que la luz del sol, como a los enamorados trovadorescos, inevitablemente los separe. El poema está escrito buscando siempre la perspectiva de la amante, pero no desde la suplantación de la primera persona sino desde la complicidad de la tercera. El juego es sugerente: una voz poética, masculina y sin disfraz, que contempla el mundo con mirada femenina, desde los ojos y los sentimientos de una mujer. Sin duda, uno de los grandes poemarios amorosos de la lírica española contemporánea. Tras él, el retorno a los hábitos anteriores: en los libros siguientes el tema del amor tan sólo salpica su poesía, aunque tal vez sea en *Como los trenes de la noche* donde mejor observemos, como una estela que se desvanece, los ecos de *La noche le es propicia.*



Conscientemente he dejado para el final el tema de la poesía social, política o comprometida —que yo, como Blas de Otero, prefiero denominar histórica— que no es, a pesar de las apariencias y los tópicos, ni la tendencia predominante ni la más significativa de la producción de Goytisolo, aunque sea indudablemente relevante. Ya en los años cincuenta el poeta se halla vinculado, tanto personal como literariamente, a posiciones claramente contestatarias al régimen político del general Franco; su participación en reuniones semiclandestinas, su amistad con escritores marcadamente comprometidos —Blas de Otero, por ejemplo—, el activismo político de sus dos hermanos, que acabaría con Luis en la cárcel y con Juan en el exilio... le sitúan dentro de la órbita del antifranquismo, como "compañero de viaje" del P.C.E., en expresión que se ha convertido en tópico, a pesar de que a José Agustín no le gustara nada. Su compromiso tiene, sin embargo, una raíz más individual que social, más ética que política, ya que en él subyace, primero, su carácter rebelde e inconformista, espoleado por la mansedumbre del entorno familiar —como ocurre también en Juan y Luis Goytisolo—, y, asimismo, una actitud de rechazo, de rencor y desprecio, hacia los vencedores de la guerra civil y su arrogancia destructora, los causantes, en definitiva, del desastre y la muerte que le convertiría, tan temprano, en un desterrado del paraíso; después vendrían los presupuestos ideológicos y los razonamientos políticos, pero la sustancia emocional había cuajado ya, propiciando ese talante insumiso que no le abandonaría jamás. *Claridad* (1961), *Algo sucede* (1968) y *Bajo tolerancia* (1974) son, probablemente, los libros donde más explícitamente se vislumbra su vinculación con la poesía histórica, necesaria coyunturalmente, cultivada por los maestros —de Dámaso Alonso a Blas de Otero, de Vicente Aleixandre a Gabriel Celaya— y pregonada por Castellet dentro del grupo barcelonés de los 50, fundamentando ideológicamente su antología *Veinte años de poesía española* (1960), escaparate promocional para el grupo de Barcelona; aunque si hiciésemos un porcentaje veríamos que los poemas "sociales" de Goytisolo no son, ni mucho menos, los más abundantes, ni siquiera en las obras citadas. En estos títulos destacaríamos, sobre todo, el uso de la ironía distanciadora, que aleja los poemas goytisolianos del patetismo y la vehemencia trascendente tan frecuentes entre los cultivadores del género, y el tono narrativo de algunos textos, precursor también de tendencias expresivas que se desarrollarán posteriormente, tanto en su propia obra como en la de otros poetas: así el magnífico "Vida de Lezama" de *Bajo tolerancia*.

Esta visión panorámica que he pretendido ofrecer no es más que un apunte incisivo —hemos omitido libros, *Taller de arquitectura*, *Del tiempo y del*

olvido, Novísima oda a Barcelona o *El ángel verde y otros poemas encontrados,* que en un análisis más detenido deberían contemplarse—, pero creo que suficiente para intuir la necesidad de revisar, desde otro enfoque menos tópico y cómodo, la importancia de la obra de José Agustín Goytisolo en la última poesía española. Una obra compleja, de múltiples registros que se desarrollan como ramas de un mismo árbol, de difícil parangón entre sus contemporáneos.

Estamos ante un poeta necesario, imprescindible, cuya importancia se proyecta, incluso, más allá de su obra creativa. Un poeta extraordinariamente dotado técnicamente, con un manejo espléndido de los versos clásicos —endecasílabos, eneasílabos y heptasílabos, aunque curiosamente no empleará prácticamente nunca las formas métricas cerradas como el soneto— y populares —octosílabos y hexasílabos— y un sentido privilegiado del ritmo poético, especialmente en la adecuación particular al tono de cada poema. Un poeta que sigue emocionando y convocando a sus lectores cuando el tiempo empieza a dejar huellas de sombra. Un poeta imprescindible, necesario, que exige un lugar de privilegio en la poesía española contemporánea, el de un clásico contemporáneo.

Cambrils, septiembre de 2009